SANTA TERESA DE JESÚS

Por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo de haber llorado ni dicho palabras de aflicción, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón (Santa Teresa de Jesús, carta 12).

Todas las obras de Dios, a semejanza de su Hijo, Jesucristo, deben llevar el signo de la contradicción.

Por esto una persecución tan recia se levantó contra la Reforma de nuestra Santa, en el año 1578; tan fuerte fue la tempestad, que obligó a exclamar a la magnánima Teresa: “Parecíame ser yo la causa de toda esta tormenta, y que si me echasen en la mar como Jonás, cesaría la tempestad. Sea Dios alabado que favorece la verdad” (Libro *de las Fund.*, C. 28). “Se trató seriamente de deshacer todas las casas fundadas hasta entonces, y son tantas las cosas que inventan a este fin, dice la misma Santa, que no se pueden escribir; y lo bueno es que todo les llueve a cuestras, y se vuelve en bien para nosotros” (*Cartas*, números 20 y 75).

Presos o fugitivos sus hijos, encarcelada la Santa por orden del Nuncio Segá, que parece le había enviado Dios para ejercitarlas en padecer, tratada de mujer inquieta, andariega y contumaz, vinieron de golpe sobre Teresa, se reunieron en su magnánimo corazón, como los ríos en el mar, las aguas amargas de la más terrible contradicción, cual es la contradicción de buenos: por de fuera persecuciones, por dentro sustos y pesares. En esta ocasión, pues, fue cuando santa Teresa de Jesús descubrió mejor que nunca su ánimo varonil, su grandeza de corazón. En tan apretado lance, como en la muerte del Salvador, solo las mujeres fueron animosas y no les faltó la confianza, según el testimonio de un autor grave. “Cuando todos estábamos desanimados, Teresa estaba con más serenidad y confianza: como suele acontecer en una grave tempestad, donde con la furia de los vientos y oscuridad de la noches perdiendo el tiento los marineros pierden también la esperanza. Si acaso alguno al amanecer se sube en el árbol y descubre de lejos el puerto, cesa la pena con la buena nueva, con la esperada seguridad y bonanza. Así parece que aquella alma santa se subió sobre todas las tempestades y nublados, y con los resplandores del cielo que la alumbraban, vio que no estaba muy lejos el puerto y fin de tan peligrosa tormenta, y luego nos dijo: Trabajos hemos de padecer, mas no se deshará la Religión” (Yepes, lib.II, c.29).¹

¹ La Santa declara, en la admirable carta que damos a continuación, el día en que recibió este consuelo. Léase con atención, pues ella sola basta a acreditarla de Santa. Con un estilo divino, admira, edifica y enamora hacia el amor de la cruz. Parece oírse a un san Clemente escribiendo desde sus prisiones del Quersoneso, a san Cipriano y san Marcelo, exhortando a los fieles perseguidos. Es un traslado fidelísimo de aquella alma divina, dice el P. Francisco de Santa María (Crónica de la Orden, tomo I, lib.4, cap. 35), que revela su constancia en medio de la tribulación, su fervor, su amor de Dios cuando crujía el azote, su discreción en razonar, su pureza en el hablar. Dice así:

“Jesús, María y José sean el alma de mi P. Fr. Juan de Jesús. Recibí la carta de vuestra reverencia en esta cárcel, adonde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi Religión. Lo que me da pena, mi Padre, es la que vuestras reverencias tienen por mí; esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mío, no tenga pena, ni los demás la tengan, que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi Religión, son regalos y mercedes para mí.

“Nunca me he visto más aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer a los afligidos y encarcelados, con su ayuda y favor. Doy a mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos, por la merced que me hace en esta cárcel. ¿Ay (mi hijo y padre) hay mayor gusto, ni más regalo, ni suavidad que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron los Santos en su centro y gozo, sino cuando padecían por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios y el más cierto; pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, Padre mío, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos, y el día que nos faltaren, ¡ay de la religión descalza!, ¡y ay de nosotros!

Por fin, lo sumo de la magnanimidad de Teresa descúbrense en la grandeza del amor de Dios, porque suspiraba su alma seráfica. Cuenta el P. Ribera² que decía la Santa que se holgara de ver a otros en el cielo con más gloria que a sí, pero que no sabía si se holgaría de que otro amase más a Dios que ella. Todos los trabajos le parecían pequeños por Dios. Las penitencias, por grandes que fuesen, no se la hacían nada. El corazón de Teresa era presa de un incendio inmenso; su pecho un volcán de amor divino. Cuantos mayores eran los vientos de la contradicción y trabajos, más se enardecía el incendio: las penas y penitencias eran como nuevo combustible que avivaba el ardor de las llamas, y si propio es del calor el dilatar los cuerpos, fundirlos, volatilizarlos, calcúlese, si es posible, cuánto se dilatarían los senos del alma grande de Teresa con el fuego del cielo que encendía en ella un Serafín, Ángel de los más subidos, con un dardo de divino amor; y cuánto se avivaría esta llama con el sople suave y creciente del Espíritu de amor, con el rocío de las gracias del cielo, con los beneficios continuos con que la regalaba su esposo Jesús”. Tan grandes eran estas mercedes, que no podía caber en mí, dice la Santa al referir el desposorio espiritual que Jesús celebró con su alma³, y quedé como desatinada, y dije al Señor que, o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural”. Y en verdad que, a pesar de haberla ensanchado Dios su bajeza, y de haberla dado, según la Iglesia, una anchura de corazón comparable con la inmensidad de las arenas del mar, no podía sostener tantos favores, y presa de intolerable incendio y violencia del amor divino, ansiaba su alma volar al seno de Dios, y como águila real remontarse sobre las miserias del suelo, muriendo porque no moría.

Su magnánimo corazón no se hallaba bien, encarcelado en este miserable cuerpo, y así se la oía exclamar con aquellos versos que ponen de relieve sus ansias divinas:

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros!
¡esta cárcel, y estos hierros
en que el alma está metida!...
¡Ay!, ¡qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!...
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida:
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero.

“Díceme en su carta, como el señor Nuncio ha mandado que no se funden más conventos de Descalzos, y los hechos se deshagan a instancias del P. General; que el Nuncio está enojadísimo contra mí, llamándome mujer inquieta y andariega, y que el mundo está puesto en armas contra mí y mis hijos, escondiéndose en las breñas ásperas de los montes, y en las casas retiradas, porque no los hallen y prendan. Esto es lo que lloro; esto es lo que siento; esto es lo que me lastima, que por una pecadora y mala monja hayan mis hijos de padecer tantas persecuciones y trabajos, desamparados de todos, mas no de Dios, que de esto estoy cierta, no nos dejará, ni desampará a los que tanto le aman.

“Y porque se alegre, mi hijo, con los demás sus hermanos, le digo una cosa de gran consuelo, y esto se queda entre mí y vuestra reverencia y el P. Mariano, que recibiré pena de lo que no entiendan otros. Sabrá, mi Padre, como una religiosa de esta casa (a) estando la vigilia de mi padre san José en oración, se le apareció y la Virgen y su Hijo, y vio cómo estaban rogando por la Reforma, y le dijo Nuestro Señor, que el infierno y muchos de la tierra hacían grandes alegrías, por ver que a su parecer estaba deshecha la Orden: mas al punto que el Nuncio dio sentencia que se deshiciese, la confirmó Dios a ella, y le dijo, que acudiesen al rey y que le hallaría en todo como padre; y lo mismo la Virgen y san José, y otras cosas, que no son para carta; y que yo dentro de veinte días saldría de la cárcel, placiendo a Dios. Y así, alegrémonos todos, pues desde hoy la Reforma Descalza irá subiendo.

“Yo quedo buena y gorda, sea Dios bendito. Mi compañera está desganada: encomiéndenos a Dios, y diga una misa de gracias a mi padre san José. No me escriba hasta que yo le avise. Dios le haga santo y perfecto religioso descalzo. Hoy miércoles, 25 de marzo de 1579”.

(a) Era la misma Santa.

² Vida de la Santa, libro 4, cap. 10.

³ Vida, cap. 39.

Acaba ya de dejarme,
vida, no me seas molesta;
porque muriendo, ¿qué resta
sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
muerte, que ansí te requiero,
que muero porque no muero.

Consolóla al fin el Señor enviándole la muerte, o mejor, la vida, para que rompiese los lazos que aprisionaban su alma, y pudiera de esta suerte espaciarse en la inmensidad, cantando eternamente las misericordias del Señor, repitiendo con el Profeta: Rompido has, Señor, mis ataduras: a ti, Dios de mi corazón, sacrificaré para siempre sacrificio de alabanza, e invocaré tu santo nombre.

Y desde allí, la heroica Teresa, abismada en la infinita grandeza de Dios, libre con la libertad de los Santos, nos invita a ensanchar nuestro apretado corazón.

¿Y no podrás tú, lector amante de nuestra gran Santa, lo que ella mujer débil y enferma ha podido? ¿Temes, acaso, o eres pusilánime, porque ignoras el secreto de engrandecerte? Pues espera un poco, y en el próximo número te descubriré, con la doctrina y ejemplos de nuestra Santa, este importante secreto. Ruega en tanto a la magnánima Teresa nos alcance gracia del cielo para decirselo de modo que todos nos aprovechemos de sus lecciones. Porque si hay tantas miserias y pequeñeces hoy día, si abundan los corazones mezquinos, es porque Dios no encuentra corazones generosos en los que pueda derramar a placer sus dones. El vaso es angosto: no puede contener por consiguiente, más que una corta cantidad del licor celestial, que es la gracia de Dios.

AÚN NO ES TIEMPO

Pensando y discurriendo estaba acerca de los malaventurados tiempos que corren, cuando acerté, por dicha mía, a fijar los ojos en el libro de las Fundaciones de santa Teresa, que abierto sobre mi pupitre, suele ofrecer a mi espíritu en las horas de tristeza hasta consolación y gustoso encanto. ¿Por qué a tal abismo de envilecimiento y degradación ha llegado la patria de Teresa? – me decía a mí mismo. ¿Por ventura todo se ha completamente maleado y corrompido, y lo que fuera en otros tiempos deleitable vergel de flores amenísimas, hase ya convertido en árido campo erizado de espinas y zarzales? Afortunadamente no ha llegado a tan lamentable extremo el estado de nuestra patria, por más que ante su vista se sientan desfallecer corazones animosos. Abundan, gracias al Señor, las almas buenas; todavía están en inmensa mayoría los que en el fondo de su corazón detestan las abominables maquinaciones de la impiedad triunfante; pero...*no es tiempo todavía*, dicen. - ¿Qué no es tiempo aún? ¿Y lo será para concitar la terrible ira de Dios? ¿Será tiempo par dormirnos al borde del precipicio? ¿Será tiempo para soltar las compuertas sociales que detienen las aguas de ese diluvio que amenaza sepultarlo todo entre sus sábanas de muerte?.

No pensaba así nuestra esclarecida española, Teresa de Jesús, cuando afrontando todo linaje de sistemáticas contradicciones y desafiando recias tempestades en contra de ella levantadas, daba gloriosa cima a las más arduas empresas. Contemplad a Teresa cuando, como ella dice, “no tenía casa ni blanca con qué comprarla”, y con tanta pobreza, y siendo ella “una mujercita flaca”, (valiéndome de sus graciosas palabras), asombraos, católicos prudentes y sabios, si la veis levantar templos a Dios y palacios a la oración y a la pureza, donde por maravillosa manera se reproducen las castas hermosuras y las delicias inefables del Carmelo.

¿Esperaba Teresa, por ventura, a que los enconados vientos calmaran su furia y el negro horizonte se serenase? ¿Decía acaso que aún no era tiempo, toda vez que el infierno redoblaba sus ataques y levantaba deshechas tempestades contra sus nacientes fundaciones? Muy al contrario. Harto sabía la Santa que el Señor se complace en aquilatar las obras que más le agradan, sometiéndolas a las más duras pruebas y haciéndolas pasar por encendidos crisoles. De esta suerte sella el Señor sus obras, para henchirlas después de los tesoros de su gracia y alumbrarlos con los maravillosos resplandores de su sacrosanto amor.

A nosotros parece dirigirse la Santa cuando, atravesando en espíritu las nieblas de los tiempos futuros, dice: "Teman los que están por venir y esto leyeren; y si vieren lo que ahora hay, no lo echen a los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo". Siempre es tiempo, dice la Santa, para que el Señor nos ayude con el poderío de su brazo, si nosotros creemos también que siempre es tiempo para hacernos dignos de sus soberanos auxilios, no aguardando a otros tiempos y durmiéndonos perezosamente, cuando velan astutos nuestros incansables enemigos. "Siempre habían de mirar los que viven hoy, dice la ilustre Doctora, que son cimientos de los que están por venir; y si ahora los que vivimos, no hubiésemos caído de lo que los pasados, y los que viniesen después de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio. Donosa cosa, añade, que lo eche yo a no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida, y virtud, a la de aquellas, a quien Dios hacía tantas mercedes". ¿Escribió Teresa estas palabras para confusión nuestra? ¿Qué ánimo apocado y frío no siente algo de ese calor vivificante que sentía Teresa? ¡Qué lección para nosotros, cobardes y perezosos, que velando con capa de prudencia y discreción nuestro culpable egoísmo, nos obstinamos en creer que no es tiempo todavía de hacer el bien, y dejamos al enemigo tiempo para organizar sus huestes y aprestar sus armas homicidas!... - J.A.

LA MUJER FUERTE

De devociones a bobas nos libre Dios.
(Santa Teresa de Jesús, en su Vida, cap. 13)

No todos mis lectores, y mucho menos mis lectoras, se persuadirán de que mujer fuerte es sinónimo de mujer devota. Tan desfiguradas andan las nociones de la verdadera noción y piedad, que la mayor parte, por no decir todos, de los que hacen gala de profesar vida devota, como los que están con esta profesión injustamente reñidos, no saben en qué consiste la verdadera devoción, desconocen los caracteres de la sólida piedad. De aquí resulta que, desfigurada con las prácticas falsas de unos, como por las injustas apreciaciones de otros, apenas hay almas devotas sólidamente e ilustradas en nuestros días, y por consiguiente almas grandes, generosas, y en el sexo devoto de mujeres fuertes. Teresa de Jesús, si es de todas las virtudes modelo perfecto, lo es para el sexo débil en este punto de un modo admirable. En el capítulo XIII del libro de su Vida, después de poner algunos avisos para descubrir y vencer algunas tentaciones que pone el demonio con frecuencia a los que comienzan vida de oración, dice estas memorables palabras: *Espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración; ,,,de devociones a bobas nos libre Dios.* En verdad que no puede darse mayor encarecimiento de cuánto conviene, al empezar este camino de oración, o vida de devoción, tener una idea verdadera de lo que es. Porque si la Santa, que tanto predicaba la necesidad de darse al ejercicio de la oración (como que la llamaba puerta por donde Dios se comunica al alma y seguro de salvación), afirma que prefiriera ver a un alma pasarse sin este santo ejercicio, que comenzararlo mal, debe ser importantísimo conocer el carácter de la devoción verdadera.

Tres clases de devotos, según el sabio y virtuoso P. Fáber, podemos distinguir a nuestro intento. Los devotos perfectos, los que van perfeccionándose, y los que comienzan, o sea, por decirlo con sus palabras, la aristocracia de la virtud y de la verdadera devoción, que son los menos, y a quienes llamamos Santos; la clase media, que es la más numerosa, y el vulgo o la plebe, que apenas puede apellidarse con propiedad clase devota. Como, pues, la clase media es en la sociedad perfecta y espiritual de la Iglesia, así como en la sociedad civil, la más numerosa, a ella dirigiremos nuestros avisos con preferencia, recordándole a este intento algunos de los dichos y hechos más interesantes, por su instrucción y gracia, de la mujer fuerte, D^a Teresa de Ahumada. Para que se vea la clase de devoción que pretendemos inspirar a nuestros lectores, voy a contarles, como introducción a lo mucho que les deberé referir de nuestra Santa, el siguiente hecho que refiere como cosa cierta, y no desdice del

carácter de la Santa, Bernardino Fernández de Velasco⁴. Visitando un día un caballero a la Santa en el locutorio, movido de la fama y crédito de sus virtudes, díjole: “Vengo ansioso de conocer a una Monja, que todos me dicen es discreta, hermosa y santa”, Y dice que la Santa respondió: “Señor, en cuanto a discreción, no creo que soy boba; en lo de hermosa, no me tengo por fea; Santa lo dirá el tiempo”. Con lo que dejó contestada su curiosidad y edificado con tan discreta respuesta. Era la Santa amiga de que las almas que practicasen la devoción fuesen amables en cuanto no fuese ofensa de Dios. No le gustaba gente arisca y almas *arrinconadas*, como decía con gracia. La intención recia y la voluntad determinada de no ofender a Dios. Esto es lo que exigía de todo aquel que quería darse a la devoción. Que la virtud, siendo hija del cielo, nacida, criada y vigorizada con los alientos del amor de Cristo Jesús, debe presentarse al mundo con esta divisa para llevar tras sí el afecto y admiración de los mortales. Otra alma devota que no fuera de la condición de Teresa, hubiérase apocado y perturbado con esta pregunta inesperada; pero Teresa, fundada en la sólida piedad, confiesa la verdad tal cual la siente sin exageración; ni apocándose falsamente, ni elevándose más de lo que era. Así deben hacerlo las almas devotas de la Santa: dar a Dios lo que es de Dios, y a nosotros nuestra miseria. Y esto sucederá si el Señor nos da su favor para decir a la mujer española lo que debemos, y a ella gracia para ponerlo en práctica después de leído.

LAS BUENAS Y LAS MALAS DOCTRINAS

Hay personas de buena fe que todavía esperan preservarse de los estragos del error con sólo atender a las rectas miras con que en todo procuran conducirse. Y en verdad que es laudable sobremanera esta ilusión, aunque no lo sea tanto el propósito, dado que no basta querer las cosas buenas y quererlas bien; es menester quererlas con eficacia, estorbando el mal, combatiéndolo, tratando de impedirlo y cerrándole todas las puertas, a fin de que ni se propague ni logre entrada en los corazones.

El trabajo de los buenos ha de ser, pues, no de mero propósito ni de simple conveniencia, sino práctico, activo, paciente, imperturbable; que tomar el arado y dejarlo al primer obstáculo que se encuentra revela pusilanimidad de espíritu.

Sin embargo, se empieza por querer de buena voluntad, y después manos a las obras con ánimo perseverante.

El bien, como el mal, tiene sus incoaciones más o menos poderosas, según quién les da impulso, según de dónde y cómo lo reciben, y atendidas las circunstancias en que empieza la obra moral. Sabido es que de un grano de mostaza y de un poco de levadura se forman grandes cosas cuando se emplean y cultivan con tino y discreción tan poderosos agentes. Mas es preciso no arrojar la semilla sobre piedras y entre espinas, ni mezclar la masa con barro hediondo. Antes de todo la preparación, esperando de Dios los crecimientos. Nada es el que planta ni el que riega. De Dios todo, lo mismo el buen principio de la obra que su conclusión; mas es necesario querer, ir y volver, insistir y rogar con llanto y con gemido de hijos desolado

Porque la tierra no anda así, experimenta esas terribles sacudidas que la sumen en consternación angustiada. Oye y recibe dándole calor la mala palabra, la insinuación maligna y la seducción pérfida, sin atender a que la duda jamás fue moradora de la ciudad de Dios, ni dio a la sociedad doméstica horas de solaz ni de reposo. De ordinario se empieza por la defección para dar en las deserciones.

Pero hay espíritus débiles, que a trueque de no sufrir la contradicción, aun en gloriosa lucha, abdican el propio sentir, fingiendo con oprobio extravagantes convicciones que suelen parar en ruidosa apostasía. No entienden cómo se aquilata el mérito, ni cómo se labra la honra sin mancilla. Todo lo esperan del éxito, y todo lo piden al liviano favor de las circunstancias. Los varones doctos y las almas bien templadas saben esperar, aun contra toda esperanza, y cuando vienen la confusión deletérea y la perturbación insolente acuden al retiro, y en el silencio de la conciencia y en comunicación con Dios sacan del recuerdo de los deberes y del tesoro de la sabiduría cristiana abundantes recursos de consuelo y para buen ejemplo.

No sabiendo dudar y sabiendo creer, atesoran variedad de firmes resoluciones, conocidas solamente cuando aparecen los conflictos y llega el instante de adoptar un partido.

⁴ *Deleite con discreción, pág. 310.*

De ahí el misterio de los grandes caracteres. No los hay en la incredulidad, no en el excepticismo; no los conoce la pasión, ni los forma el egoísmo. La soberbia los adultera, y los desfigura el orgullo. La hipocresía y las concupiscencias ahogan antes de nacer, y nacidos siegan en flor los nobles designios. Ni el guerrero será bravo con nobleza, ni famoso el conquistador, ni célebre el diplomático, mientras no hayan aprendido en la escuela de Cristo la conducta de los campamentos y el modo de enaltecer la fidelidad de los tratados.

Cabe todo lo digno dentro de la enseñanza católica. En ella no tienen cabida las degeneraciones, las debilidades y la condescendencia imbecil. Dígase qué ha quedado en el mundo, ni como recuerdo de gloria, ni como monumento de estudio, de cuanto hicieron las sectas y levantaron las herejías. Obras todas ellas de vanidad y de ostentación, sólo han servido de comprobante para confirmar que la levadura de vientos sólo engendra tempestades, a saber, no haciendo sino destruyendo, no levantando sino causando ruinas lamentables.

Agrúpase a esta variedad desastrosa la infinita variedad de quimeras que, reproduciéndose a cada instante, logran el funesto crédito de alucinar a unos, de pervertir a muchos y de granjearse una hora de favor por medio del cual la indignidad y la sorpresa se apoderan de la pública buena fe burlando sus legítimas esperanzas.

Viviendo desamorados de la religión, de la verdad y de la rectitud, y prevenidos contra la Iglesia, se obstinan todavía en crear virtudes sociales y en formar patriotismo. ¡Cómo! ¿No ven que sin corazón es imposible, no ya un latido poderoso, sino también un impulso que revele calor y vida? Pretenden lo absurdo sacando del hombre degradado gérmenes de acciones heroicas. Esto lo hizo el Cristianismo reparando, rehabilitando, ennobleciendo. Justamente por medio de un procedimiento opuesto al que emplean los modernos emancipadores. Aquí la emancipación es deplorable abandono, que conduce a mísera orfandad. Sin embargo, se ha hecho gustar al pueblo el fruto vedado de una independencia insostenible; y mil veces engañado, en lugar de aprender, sigue creyendo que se alimenta y crece cuando en realidad se envenena y corrompe. *Sunt eiusmodi errores informationes et inchoationes quaedam pravitatis...*⁵

Difícilmente se explicaría este fenómeno sin acudir a los adorables misterios de la infinita misericordia, que, al parecer olvidada de las sociedades humanas, déjalas en mano de su propio consejo como dándoles ejemplar lección de su orgullosa incapacidad. Primero reclamaron para sí el derecho de examinar, luego pidieron el de formular el símbolo de sus creencias, después se declararon de todo punto independientes, y levantando las manos al cielo dijeron a Dios: *Vete de ahí, que aquí ya te negamos.*

Los códigos tenían que reflejar el común ateísmo. La doctrina popular, convertida en sistema político, era como la *vera effigies* de los atrevimientos humanos en mil maneras manifestados; y al despertar el sacerdote, el magistrado, el profesor y el padre de familias se encontraron con una sociedad que no podía ya ser requerida por la doctrina, por la persuasión ni por el consejo, como ni podía, en buena lógica, ser residenciada ante la ley, ante la ciencia y ante la honestidad pública. Por donde llegamos a un estado de perturbación incalificable, en el cual nadie se entiende, nada tiene estado. Parece acercarse el fin de las cosas. *Ante consummationem omnia perturbantur.*

Que tales cosas suceden, lo dice alto la conciencia de todos. Se ha perdido la veneración a las cosas santas, el respeto a los mayores y el temor a las leyes. La consideración ha decaído de manera que una juventud atolondrada y desdeñosa mira como por encima a la ancianidad venerable y a los dignatarios del Estado. No se ve más que engreimiento inmotivado y sublevaciones aun sin pretexto. Las cuales circunstancias relegan del teatro del mundo a mil personas decentes y discretas que estarían en su propio lugar terciando con sus talentos de dirección y de prudencia en esos interminables debates que inicia la irreflexión y terminan los disturbios. En una palabra, con tal independencia faltan a un tiempo el moderador de las contiendas y la moderación en las pendeencias.

De ello resulta que vivimos en un mundo por educar, merced a la instrucción exótica que la juventud ha recibido; en términos que no es bien considerado el joven a quien hace detenido y circunspecto una educación atenta y respetuosa. Quiérese de la sociedad una especie de fácil desenvoltura que se parezca a la despreocupación, y la despreocupación es el desprecio de cosas, de profesiones y de categorías.

Ahora bien, si la dignidad y la herencia, si los merecimientos y las carreras, el honor y los nobles esfuerzos del ciudadano han de ser tenidos como de escaso valor, ¿qué género de estímulos, ni qué clase de gloria serán en adelante móvil y premio de las acciones humanas?

⁵ Canus *De locis*, lib. XII, cap. 8 in fine.

Por necesidad habrá de darse a la intriga y de otorgarse a la suplantación lo que se quita a la aplicación y a la honradez. En tal estado nada hay que pueda esperarse, nada que no deba temerse. La fe, la religión, las costumbres, las costumbres cívicas y cuanto enciende en el corazón de los pueblos el fuego sacro del deber y del sacrificio, huye avergonzado y temeroso de encontrar en su camino el empuje de muchedumbres indisciplinadas que insulten el recato y escarnezan la virtud *Sicut ergo quod saluti est noxium, vitae quoque id noxium est: ita quodcumque sanae doctrinae adversatur, hoc fidei est etiam quodammodo adversum*⁶.

Quiere uno, en vista del trastorno actual de las ideas y de las cosas, acoger la tentación de pensar que se habla de un patriotismo extraño al amor de la patria y de virtudes cuyos actos discordan de la recta razón. ¿Qué hacer en tal caso? Buscar en la doctrina católica el remedio y aun el preservativo de tantos males como afligen al mundo, muchos de ellos originados de mala inteligencia.

Ni son ya excusables los que pidiendo reformas y apelando a ensayos repetidos debieron aprender a la primera experiencia que nunca probaron bien las novedades introducidas por sorpresa y con lesión de los principios de honestidad y de justicia.

Desde luego se consideró, a nombre del progreso y de las teorías económicas, que los pueblos no podían prosperar mientras la Iglesia ejerciera en ellos la influencia laudable de su ministerio; y para iniciar el movimiento de universal descomposición se trató de envilecer al sacerdocio católico por medio de calumnias, reduciéndolo a la miseria. Dado este golpe *ab irato* se establecía el precedente de que también podían venir a depresión, y caer amenazadas de muerte otras instituciones, empezando por las monarquías y acabando por los directorios, no libres de ser acometidos bajo el motivo o con el pretexto e ser rémoras para llegar a pasmosos descubrimientos. No ha nacido la República, y ya se grita: *¡Muera el Directorio!*

Por manera que al poner mano insolente sobre la tiara, quedaba ya levantado el brazo que había de herir a un tiempo todas las cabezas, fuesen cuales fuesen los hombres que las sostenían. Y lo que en el orden financiero se llamó *manos muertas* relativamente a la Iglesia, más tarde había de mirarse con ceño socialista como *riqueza aglomerada*. Allá se van ambas cosas, ambos principios y los dos nombres. Todo ello significa anarquía, iniquidad, agresión y despojo. Pero como los nombres han adquirido en nuestros tiempos más poder que celebridad, y celebridad tienen mucha, primero se habló de desamortizar, luego vino la desvinculación, después la expropiación, más tarde las incautaciones, hasta que sin rebozo de ninguna clase y sin figuras retóricas se pide ya a voz en cuello el robo y el saqueo, como genuina última expresión de los principios sentados.

A este género de inflexible lógica nada hay ya que oponer. Hubo motes para el santo temor de Dios, calificándolo de pusilanimidad; se dio el apodo de mogigatería a la piedad, y de encogimiento a la obediencia; se impuso al vulgo de guante blanco y de levita calificando de servilismo el respeto a los mayores y la consideración a los maestros; se apellidó dignidad al desdén y a la soberbia y, por último, se tuvo como de mal tono la no despreocupación. Así ilustradas las clases altas, la clase media, el pueblo y la plebe, nos encontramos ahora sin amor a la justicia, sin apego a la honradez, sin llaneza y sin razón y fundamento para establecer cosas dignas.

Nombre vano el de *virtudes cívicas*, vano el de *moralidad*, vano el de *patriotismo*. La moderna jurisprudencia moral no cuenta entre sus capítulos el que trata de los deberes. En su lugar ha puesto e de los derechos. No admite el que se refiere a lo tuyo y a lo mío. Ha colocado en esta casilla la santidad del robo; y de patriotismo sólo conserva la inversión de la idea, llamando liberal al ambicioso o al desalmado traidor. Muchas veces, simulando amor y respeto, invade lo sagrado y mina por sus cimientos el edificio santo de la Iglesia.

¡Desdicha grande! Así no se puede vivir racionalmente. Hay necesidad de prepararse a defensas desesperadas contra agresiones brutales, o resignarse a sufrir toda clase de oprobios, aun el de ver escarnecida la piedad cristiana.

Con todo, se nos ha de replicar que los tiempos no vuelven, que se cumple una ley histórica... Que el día de ayer no volverá, lo sabemos; pero también sabemos que el día de mañana es impotente para hacer bien del mal, y mal del bien. Estas nociones, como las de lo justo y lo injusto, de lo verdadero y lo falso, no cambian con los tiempos. Los preceden, y a ellos han de sobrevivir.

Verdad es que hay leyes históricas, o mejor sucesos providenciales; mas esto sólo prueba que constará en los anales de los pueblos la genealogía de los extravíos humanos, de

⁶ Canus. *De locis Theol.*, lib. XII, cap 6 in fine.

los errores y de los crímenes, como servirán de ejemplo las grandes hazañas y los claros merecimientos, no en verdad a causa de un fatalismo histórico, sino en virtud del proceder de los hombres bajo el soberano reinado de la Providencia divina.

Pero como, en el propósito de talar, nunca la devastación se detuvo en las primeras matas, de un punto corrió al extremo a manera de fuego agitado por tempestades de viento. Dada la ocasión, la inmoralidad, ayudada del escepticismo, todo lo estraga y corrompe. ¿Queda alguna cosa por hacer dentro de las máximas de la filosofía trastornadora? Allí donde se perdió el respeto a la ley y la veneración a los dioses, muy pronto se hundieron las sociedades empujadas de la abominación y destituidas de todo apoyo, aun humano. Sólo está de pie la santa Iglesia católica, dirigiendo, enseñando y mostrando a las naciones desvanecidas la majestad de su gobierno y lo armonioso de su jerarquía. ¿Por qué no observan que en medio de la general confusión hay en el hecho de la perpetuidad de la Iglesia algún sostén sobrenatural, alguna virtud divina que se trasluce en lo visible de un concertado ministerio, al cual Dios asiste sin cesar, estando con él y dándole inquebrantable consistencia?

¡Cosa rara!, queriendo explicar por maravillosa fecundidad hechos transitorios, muchas veces funestos, se invocan las *leyes históricas*; y teniendo a la vista los hechos permanentes, laudables y benéficos de la santa e inagotable maternidad de la Iglesia, no se cree digno de la razón humana colocarlos en la categoría de los que merecen examen reflexivo al pensador y al cronista.

Jaén, día de la Presentación de Nuestra Señora, 21 de noviembre de 1872.

+ El Obispo de Jaén

FLORES ESCOGIDAS

O SEA ELOGIOS DE VARIOS AUTORES A SANTA TERESA DE JESÚS

Entre todos los elogios que se han dado a nuestra Santa, pocos habrá tan cumplidos y bien probados como los que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Es la contestación escrita por su amigo san Pedro de Alcántara para aprobación y defensa de la Santa. La autenticidad consta de los antiguos documentos de la Orden y del proceso de la beatificación. Asegura haberlos visto el P. Juan de San Bernardo, procurador en la Curia romana.

Primera razón. - El fin de Dios es llegar un alma a sí, y el del demonio apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten un alma de sí, ni el demonio que lleguen a Dios. Todas las visiones, y demás cosas que pasan por ella, la llegan más a Dios y la hacen más humilde, obediente, etc.

2ª. Doctrina es de Santo Tomás y de todos los Santos, que en la paz y quietud del alma que deja el Ángel de luz, se conoce. Nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto, que todos los placeres de la tierra juntos le parecen no son como el menor.

3ª. Ninguna falta tiene, ni imperfección, que no sea reprendida del que le habla interiormente.

4ª. Jamás pidió ni deseó estas cosas, sino cumplir en todo la voluntad del Señor.

5ª. Todas las cosas que le dice van conformes a la Escritura divina, y a lo que la Iglesia enseña, y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6ª. Tiene muy gran puridad de alma, gran limpieza, deseos ferventísimos de agradar a Dios, y a trueque de esto atropellar con cuanto haya en la tierra.

7ª. Hanle dicho que todas las cosas que pidiere a Dios, siendo justo, le darán. Muchas ha pedido, y cosas que no son para carta, por ser largas, y todas se las ha concedido Nuestro Señor.

8ª. Cuando estas cosas son de Dios, siempre son ordenadas para bien propio, común, o de alguno. De su aprovechamiento tiene experiencia, y del de otras muchas personas.

9ª. Ninguno la trata, si no lleva prava disposición, que sus cosas no le mueven a devoción, aunque ella no las dice.

10ª. Cada día va creciendo en la perfección de las virtudes, y siempre le enseña cosas de mayor perfección. Y así en todo su discurso de tiempo en las mismas visiones ha ido creciendo de la manera que dice Santo Tomás.

11ª. Nunca le dicen novedades, sino cosas de edificación, ni le dicen cosas impertinentes.

12ª. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido a Dios.

13ª. Estilo es del demonio, cuando pretende engañar, avisar que callen lo que les dice; mas a ella que lo comunique con letrados siervos del Señor. Y que cuando callare, por ventura la engañará el demonio.

14ª. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas y la buena edificación que da con su ejemplo, que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento.

15ª. Estas cosas, ordinariamente, le vienen después de la larga oración, de estar muy puesta en Dios, y abrasada en su amor, o comulgando.

16ª. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar, y que el demonio no le engañe.

(Se concluirá)

HISTORIA DE UNA IMAGEN DEL NIÑO JESÚS

Hemos visto ya cuán devota era la Santa Madre Teresa de Jesús de las imágenes de Cristo y de sus Santos.

Cuando iba a fundar traía siempre en sus manos una imagen del Niño Jesús, a la cual de cuando en cuando abrazaba dulcemente, dábale ósculos amorosos, decíale mil finezas y requiebros, y su alma enamorada así se deshacía en amor, tales muestras daba de devoción, que parece querría salir de su cuerpo para entrarse en el corazón, volar al seno de su amado Esposo Jesús.

Esta devoción comunicaba la Santa a sus hijas, y así es que cuando vino a fundar en Villanueva de la Jara, al nombrar tornera y provisora a la V. Ana de San Agustín, diole una imagen del Niño Jesús, pequeño de talla, con el encargo especial de que acudiese a Él en todas las necesidades del convento, porque presto se verían socorridas. Hízolo así, y junto al torno acomodó en una alacén, y regalábase con Él en tiernos coloquios, y a Él acudía con gran fe en todos sus apuros. Su generosidad y largueza en proveerle de cuanto le pedía, le valió que Ana le llamase el Fundador y Provisor. Y bien merecido tenía este título. Una vez, cuenta el P. Francisco de Santa María, habiendo hecho un poco de obra en la casa, alcanzó el oficial en seis ducados. Pedía con porfía su trabajo, y no teniendo un real la Priora se acongojaba. Fuese la V. Ana a su Niño, declaróle la necesidad y suplicóle el favor. Bajose del nicho, y díjole: *Sígueme*. Fuese delante al huertecillo que tenían, y con el dedo le señaló un agujero donde halló, además de los seis ducados, dinero para gastar algunos días. Otras veces, no pocas, hallándose necesitada, acudía a él, y diciéndole que sus esposas no tenían qué comer, que las proveyese, pues era su Esposo y Señor, hallaba luego a los pies del Niño los dineros que había menester. Otras ponía en ellos un real, diciendo que se lo daba a censo para que sobre él le diese lo que había menester en nombre de su esposa Teresa. Érale tan grata esta llaneza, que muchas veces la socorría, quedándose el real en prendas, mostrando gusto que le pidiese en nombre de su querida. Salían en aquel tiempo las torneras a cerrar la puerta de la calle. Olvidáronse una noche las llaves a la V. Ana, y estando durmiendo oyó que la llamaban. Despertó despavorida, y vio al Niño lleno de resplandor que las traía en la mano, y dándose las, le dijo: *Mira, que te habías dejado abierta mi casa*.

Así se complacía Jesús de Teresa por medio de su imagen bajo la forma de Niño agraciado, en socorrer a sus esposas, para que se cumpliese la palabra de su amada Teresa, la cual prometió a esta comunidad que, si cumplían con la regla, nunca les faltaría de parte de Dios el socorro y alimento oportunamente. Por ello entre los antiguos y aun hoy día tiene este convento el apellido de milagroso.

Fe viva y confianza humilde son las cadenas que atan al Señor y le obligan a hacer la voluntad de los que le temen, según los Libros santos. Quien a Dios tiene, decía la Santa, nada le falta. Solo Dios basta.

A UN NIÑO JESÚS

No sé, Niño hermoso,
Qué he visto yo en ti,
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

Tus tiernas mejillas
De nieve y carmín,
Tus labios hermosos,
Cual rosa de abril,
Tu aspecto halagüeño
Y el dulce reír,
Tan profundamente
Se han grabado en mí,
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

Si acaso algún día
Me atrevo a salir
Al ameno prado
Por me divertir,
Doquiera que mire
T miro yo allí,
Y entonces de nuevo
Comienzo a advertir,
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

Cuando por la noche
Me llego a dormir,
Al punto en mis sueños
Te veo venir;
Los brazos extendiendo
Por asirme a Ti,
Más quedo burlado,
Y digo entre mí
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

Mi pecho que ha sido
Cual bronce hasta aquí,
Tu luz ardorosa
No puede sufrir;
El alma se exhala
Cual aura sutil,
Y yo de tal suerte
Me siento morir,
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

Vuelve, Niño amable,
Tu rostro hacia mí,
Dame que yo viva
Sólo para ti,
Dame que en tu gracia
Yo acierte a morir,
Para que así pueda
Por siempre decir,
Que no sé que tengo
Desde que te vi.

V. Martínez Colomer

LA SANTA DOCTORA

Siempre tornaba a mi costumbre holgarme con este Señor; en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. (*Sta. Teresa de Jesús en su Vida, c. 22*)

Siempre en la Iglesia de Jesucristo ha existido el culto de los Santos, el uso y veneración de sus imágenes. Quien niegue esta verdad histórica no merece ser refutado, sino despreciado, dice el sabio Padre Perrone ⁷. Existen hoy día en las catacumbas de San Calixto, Santa Inés y en todas las de Roma, imágenes del Salvador pintadas en las bóvedas o lados de las capillas en que se celebraban los divinos misterios. D'Argincourt afirma, apoyado en estos monumentos, que muchas de estas imágenes datan del siglo primero de la Iglesia, la cual desde entonces ha continuado hasta nuestros días con gran provecho y consuelo de los verdaderos fieles tan útil y santa práctica.

Sólo los herejes iconoclastas que destruían las imágenes, y los protestantes sus descendientes, que niegan su culto y veneración, han obrado contra lo prescrito por la Iglesia en tradición constante. Examinemos el porqué.

Ya nos lo dice la Doctora Santa Teresa de Jesús. Oigámosla.

“Desventurados herejes *que no reverencian las imágenes del Señor y de los Santos*; bien parece que no aman al Señor, porque si lo amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien” (*Vida, c. 9*).

¿Qué teólogo dio más viva y concluyente razón en defensa de las santas imágenes que nuestra ilustre Doctora? No dice que por falta de fe están ciegos los herejes, sino que por falta de amor. Conocía Teresa perfectamente los pliegues del corazón humano, y señala admirablemente el origen del mal. No aman a Dios estos desgraciados, por eso aborrecen sus imágenes. Y para su mayor confusión en sus mismas acciones y proceder descubre su maliciosa ceguera.

Holgáis, les dice la Santa, de ver los retratos de vuestros amigos. ¿Por qué? Porque los amáis. Con exquisito cuidado buscáis los de los hombres insignes. ¿Por qué?, porque los estimáis. Luego vuestro proceder os convence de que, si perseguís las imágenes de Cristo nuestro sumo Bien, es porque no lo amáis, porque os habéis declarado traidores a su ley y a su Evangelio.

¡Qué bien dicho! No se dirige la seráfica Doctora a convencer el entendimiento de los herejes para desvanecer sus errores. Deja esa tarea a los teólogos escolásticos. Teresa quiere curar el mal en su raíz, por ello se dirige al corazón, porque de él nacen, como dice el Salvador, los pecados y la iniquidad.

Amén, pues, a su Señor y Dios, los que desdeñan o combaten el culto y veneración de las santas imágenes, y bien pronto abandonarán su error. Imiten a los Santos y al Rey de los Santos en las virtudes, y holgarse han de ver sus retratos, pues aun acá, como la experiencia enseña, da contento ver el de quien se quiere bien.

MILAGROS QUE SE VEN EN EL CUERPO DE SANTA TERESA DE JESÚS DESPUÉS DE SU MUERTE

Cuatro son los milagros permanentes que se ven en el cuerpo de santa Teresa, dice el Sr. Yepes. Primero, su incorrupción, examinada por muchos médicos en Alba y en Ávila, y la confiesan sobrenatural y milagrosa. Estaba el cuerpo de la Santa, dice Sr. Obispo, cuando lo vi

⁷ *Praelectiones theologicae*, tomo 4, *de usu sacrar. imaginum*.

tres años después de muerta, vestido de su carne, tan fresca, que se hundía si la apretaban con el dedo; su color de dátil, aunque en algunas partes muy blanco, y la nariz, aunque algo maltratada, no tiene señal de corrupción. En los lunares aún tiene el pelo, y no le falta uno en la cabeza; los pechos llenos y blancos, y el vientre como de viva, y toda tan natural, que las monjas la visten con facilidad, y cualquiera parte que se ha cortado, por pequeña que sea, conserva la misma incorrupción. Ha salido sangre muchas veces de su carne. En una ocasión, notando la M. Ana de Jesús, priora que fue de Madrid, en la espalda una parte muy roja, y tocándola con un pañito, lo tiñó de sangre. Hizo lo mismo otro que estaba allí, con distinto paño, y sucedió lo mismo, y el Sr. Yepes mostró uno de estos paños teñidos, con la relación al rey Felipe II, lo que fue causa de comenzar la información, pues esto sucedió doce años después de muerta la Santa. Un religioso tomó una telica seca de su piel, que estaba levantada, y dejó sangre una y muchas veces donde se envolvía, y esto es innegable. Lo mismo sucedió con otra reliquia, y visto por los médicos, dijeron ser sobrenatural.

El segundo milagro es el óleo que mana de su cuerpo, como se vio al desenterrarla, y después muchas veces. De éste, dice el Sr. Yepes, tuve yo como una avellana, y aunque se secó como arena, si lo envolvía, dejaba el paño como si lo bañaran en aceite, y esto hace años que me sucede, y lo han visto muchos, y es notorio en toda España. Yo tuve, continúa, un artejo del dedo, que lo he traído muchos años, y aunque mude más de cincuenta paños, todos los cala el óleo, de modo que parece una fuente.

La fragancia es el tercer milagro, y éste se ve hasta en los escritos de la Santa. Sy sus reliquias se juntan a otras, o a cosas aromáticas, todas pierden su olor. A mí me sucedió, dice el Sr. Yepes, poner una reliquia en una caja de pastillas muy olorosas, y luego quedaron éstas sin olor. Esto es cierto, público y notorio. En Lisboa se han hecho muchas pruebas con la mano de la Santa, y siempre se vio lo mismo que sucedió con mi reliquia, y esto con examen de facultativos. Sacando el V. Gracián un dedo de la Santa en las monjas de Malagón, para que vieran su fragancia, una lega indevota de la Santa lo tomó y dijo: “¡Este dedo huele! Pues yo digo que hiede”, y al punto salió tal fragancia que perdió el sentido por la fuerza, y vuelta en sí dijo: “Ahora sí que huele, y mucho”.

El cuarto milagro que dura es el paño de estameña que recibió la sangre del flujo de la Santa, y la enterraron con él, pues al cabo de tanto tiempo se halló con la sangre fresca y de buen color, y lo que más admira es que todos los paños que se juntaban a la estameña ensangrentada, se teñían del mismo color, con la advertencia de que la estameña donde no había tocado la sangre, estaba gastada y podrida, como también los hábitos.

A estos milagros de incorrupción puede añadirse el de su corazón, que cerrado en una ampolla de cristal, se rompía ésta, hasta que se le hizo con respiradero, por la fuerte evaporación que exhala, aun doscientos años después de muerta la Santa, y las infinitas maravillas y cosas que se han visto en dicho corazón, apareciendo la imagen de la Santa, de la Madre Santísima y la de Jesucristo, perseverando visible la herida del dardo que el Ángel le hizo, con los demás prodigios que se ven, e iremos más detenidamente analizando en los números siguientes.

OTROS MILAGROS OBRADOS POR INTERCESIÓN DE LA SANTA DOCTORA

La devoción a santa Teresa de Jesús, y los atractivos poderosos de aquel su admirable corazón, horno siempre encendido con el amor divino, inventaron formar corazones de tafetán encarnado, y tocándolos al verdadero de la Santa de Alba, apreciarlos como imagen de esta insigne reliquia, y avivar en su vista la devoción y confianza en la Santa Madre; lo cual ha ocasionado muchos milagros. Así habla en este punto el Rvdo. Padre Fray Honorato de Santa María. Este maestro insigne de la crítica, que ha sabido separar lo precioso de lo vil, lo verdadero de lo falso, lo piadoso de lo supersticioso, y ha sujetado a la desdeñosa incredulidad, como también a la fácil creencia en todo lo que huele a devoción, a las reglas ciertas que hacen honor al Cristianismo; este sabio imparcial celebra este uso piadoso de los corazones de tafetán, tocados en el verdadero de santa Teresa, y refiere él mismo, entre otros muchos que pudiera contar, el milagro pasmoso sucedido en Roma en su tiempo, en 7 de febrero de 1690, y presenta todos los testimonios legales que sirvieron para autenticarlo. El suceso es así: Una hija del Conde Jacobo Aliberti, religiosa en el monasterio de los Siete Dolores, dicho vulgarmente de la Duquesa de Latere, padecía la enfermedad mortal de hidropesía

anasárquica, tumores en las piernas y convulsiones en la traquiáque, y esófago o tragadero, sin pasar un sorbo de caldo. Estaba ya para espirar. Imploran la intercesión de santa Teresa en este lance. Aplícanle al pecho uno de estos corazones de tafetán, tocado en el de la Santa, y cura de repente a la enferma. Come, bebe, duerme; se levanta luego de la cama, y hace inmediatamente todas las demás operaciones y oficios que los sanos, sin que le quedase señal de su enfermedad. Óbrase este prodigio a vista de toda Roma, y aun los más delicados en esta materia aplauden el milagro que Dios ha obrado aquí para honor de santa Teresa por medio de la imagen de su corazón.

D. Vicente Coxá, nobilísimo caballero de Nápoles, después de transportado prodigiosamente desde mucha distancia a lo interior de la capilla de santa Teresa, en el momento en que lo iban a matar ciertos émulos, reconociendo e favor de la santa, entre otras expresiones con que él le agradecía esta merced, era una ofrecerse a leer siempre sus obras dos horas cada día. De resultas de una enfermedad quedó ciego. Quejábase a la Santa de no poder leer sus escritos. Tomó un día en sus manos el libro de sus Fundaciones con confianza y devoción, e inmediatamente advirtió que veía; leyó perfectamente dos horas en él; al cabo de ellas lo cerró, y volvió la ceguera. Instó de nuevo a la Santa Madre para que le alcanzase este consuelo de tener vista dos horas al día para leer sus obras. Oyole la Santa, y mientras le duró la vida, que fue ocho años, continuó este favor, sin que pudiese ver otra cosa, ni leer sino las obras de la Santa por espacio de las dos horas, y nada más antes ni después.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

¡Oh Señor mío!, ¡qué cierto es a quien os hace algún servicio, pagar luego con un gran trabajo! Y ¡qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese a entender su valor! (*Fund.*, cap. 31).

Os encomiendo mucho que cuando leyereis algún libro, u oyereis algún sermón, o pensareis en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiereis entender, no os canséis ni gastéis el entendimiento en adelgazarlo; no es para mujeres ni aun para hombres muchas veces. (*Conceptos del amor de Dios*, cap. 1).

El alma a quien da Dios este cuidado *de evitar las imperfecciones*, hace la cama a Su Majestad de rosas y flores; y es imposible dejar de venir a regalarse con ella, aunque tarde. *Ib.*, cap. 2).

Nuestros pensamientos sean animosos, que de aquí vendrá que el Señor nos dé gracia para que lo sean también las obras. (*Ib.*).

Apartaos siempre de cualquier ocasioncita, por pequeña que sea, si queréis que vaya creciendo el alma, y vivir con seguridad. (*Ib.*).

¡Oh Dios mío! ¿Es posible que haya alguno que no os ame? Será porque no merece conoceros. (*Ib.*).

Por estar el mundo perdido de codicia, no se tiene en nada a los Religiosos. (*Fund.*, cap. 17).

Son muy pocos los vasallos que han quedado a nuestro divino Rey, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer; y lo que peor es que se muestran amigos en lo público, y véndenlo en lo secreto; casi no halla de quién se fiar. (*Exclamación 10*).

¡Oh Amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! (*Ib.*).

Oh, los que estáis mostrados a deleites, y contentos, y regalos, y a hacer siempre vuestra voluntad, ¡haced lástima de vosotros! Acordaos que habéis de estar sujetos siempre, siempre, sin fin, a las furias infernales. (*Ib.*).

LA IGLESIA DE ESPAÑA

Bien dice el Excmo. e Ilmo. Sr., Arzobispo de Valencia, en su notable circular a los sacerdotes de su diócesis, que la época presente es de trabajos, de lágrimas y persecución contra la Iglesia y sacerdocio católico. Después de hacer resaltar el espectáculo consolador que está ofreciendo el clero español, el cual sufre el martirio del hambre, pero no abandona, ni por un instante, el cumplimiento de sus deberes; después de demostrar la generosidad de la Iglesia para con la nación española, la cual en compensación solemnemente concordada retornaba apenas a la Iglesia española el medio por ciento del grandísimo capital de los bienes que tomó; después de probar que es inadmisibile el proyecto del nuevo arreglo del clero, encaminado a destruir totalmente el Concordato, e irrogar perjuicios irreparables a la Iglesia en España, indica el sabio Prelado la necesidad en que se verán los Prelados de volver sus ojos a los fieles, pidiéndoles directamente de los frutos de la tierra, o en dinero, aquella cuota que crean necesaria para la subsistencia del culto católico y sus ministros, no a los Municipios ni a las corporaciones provinciales, porque esto, sobre ser una novedad muy inconveniente, la Iglesia no lo ha autorizado. ¡España ingrata!, ¿cuándo comprenderás tus verdaderos intereses? Tú, que todo lo debes al catolicismo: ciencia, historia, artes, literatura, el nuevo mundo, ¿así te olvidas de los sacrificios de tu generosa Madre? ¿Así pagas los desvelos que la Iglesia se ha tomado por espacio de dieciocho siglos para darte el ser y vida gloriosa? Despierta, España, y enmiéndate, porque, ¡ay de tí!, si el Señor oye justamente airado los gemidos de los que padecen injustamente, de los que son oprimidos por los poderosos, y les defraudan lo que de justicia les pertenece! Serás reducida a la miseria y servirás de ejemplar castigo al mundo entero.

ORACIÓN

Dios mío, dador de la paz y de todo consuelo, tú, que todo lo puedes y que no permites seamos atribulados sobre nuestras fuerzas, asístenos con tu favor, y por intercesión de tu querida esposa Teresa de Jesús, a la que no sabes negar cosa alguna, dispensa la paz al mundo, y tu especial bendición a la afligida Iglesia y a tu España. Amén.

JACULATORIA. – Santa Teresa de Jesús, compatrona de las Españas, rogad por nosotros, rogad por la Iglesia, rogad por Pío IX.

Nos dispensa de reseñar a nuestros lectores el estado actual de la Iglesia la magnífica alocución que nuestro inmortal Pontífice Pío IX pronunció el día 23 de diciembre. Es como un recuento de los agravios que la Iglesia, siempre benéfica, recibe hoy día de los poderes constituidos. Italia, Alemania, Suiza, Turquía, y hasta la católica España, aparecen allí, son llamadas a juicio por el Vicario de Cristo, y con amor, como su Divino Maestro, les reconviene diciéndoles: “Muchos son los beneficios que os he dispensado y actualmente os dispenso; ¿por cuál de ellos me maltratáis y herís de muerte? ¡Quiera el Señor oír las súplicas de su Vicario y de todos los fieles dando al mundo cuanto antes la deseada paz, de la que es consolador prenuncio la unión inquebrantable de los Obispos y fieles de toda la cristiandad.

ALOCUCIÓN

pronunciada por Su Santidad el día 23 de diciembre de 1872

Dios justo y misericordioso, de quien son insondables los juicios e impenetrables los caminos, deja a esta Silla Apostólica, y con ella a toda la Iglesia, entregada a una larga y cruel persecución. La grave situación en que se nos colocó a Nos y a vosotros, venerables Hermanos, después que se ocuparon nuestras provincias, y especialmente después de ser

sustraída a nuestro paternal gobierno esta gloriosa ciudad, esa situación, repito, lejos de cambiar, se ha agravado de día en día.

La experiencia ha confirmado con su testimonio la verdad de lo que Nos hemos dicho en repetidas ocasiones, en nuestras Alocuciones y Letras apostólicas desde el principio de esta persecución, debida a las maniobras tenebrosas de las sectas y verificada por sus prosélitos, que tienen en sus manos la gestión de los negocios públicos; la experiencia prueba que la única razón tenida para atacar nuestro poder temporal ha sido el abrir un camino para destruir, si fuese posible, la dominación espiritual, dada por privilegio a los sucesores de san Pedro, y aniquilar la Iglesia católica y el nombre mismo de Jesucristo, que en ella vive y reina.

Cada día aparece más evidente esta verdad por los actos hostiles del Gobierno subalpino, pero especialmente por esas leyes inicuas en cuya virtud los jóvenes levitas son arrancados de los altares, y, privados de toda inmunidad, se ven obligados a tomar las armas, y por esas otras, dignas de igual censura, que despojan violentamente a los obispos del derecho de educar a la juventud, cerrando arbitrariamente sus seminarios en algunas provincias. Esto no es bastante: una nueva prueba, evidéntísima, de las intenciones de este Gobierno, acaba de proporcionárenos en los presentes días. En efecto, en esta ciudad, que es nuestra, después de haber arrojado de sus retiros ante nuestros propios ojos a varias familias religiosas; después de haber hecho pesar sobre los bienes de la Iglesia grandes tributos, y sujetado a los eclesiásticos a la jurisdicción de las autoridades civiles, dicho Gobierno acaba de presentar al llamado Parlamento una ley semejante a las que han sido ya puestas en vigor en las demás provincias de Italia, no obstante nuestras reclamaciones y condenaciones formales; ley que tiende a destruir las corporaciones religiosas aun aquí, en el centro de la fe católica, y apoderarse de sus bienes para ponerlos a pública subasta.

Esta ley, si tal nombre puede darse a disposiciones que repugna al derecho natural, civil y social, será en sus consecuencias más inicua aún y más funesta para Roma y su territorio que para los demás puntos. Aquí, más que en otra parte, hierde profunda y cruelmente los derechos y posesiones de la Iglesia universal; amenaza la fuente misma de la verdadera cultura social, destruyendo lo que las familias religiosas, a costa de nobles esfuerzos y de una constancia y generosidad admirable, han sostenido y cumplido, no sólo en bien de nuestro país, sino también de las naciones extranjeras, despreciando en su santa abnegación todas las dificultades y sufrimientos, hasta el punto de sacrificar a veces la misma vida; en fin, esta ley ataca a los derechos y los deberes de nuestro apostolado.

Una vez suprimidas las Órdenes religiosas, o considerablemente reducidas, sumido el clero secular en la miseria y disminuido su número por el servicio militar, faltarán en todas partes los ministros de Dios, y no se encontrarán los hombres necesarios para anunciar al pueblo la palabra divina, administrar los Sacramentos, instruir a la juventud y preservarla de los lazos que se le tienden; además, el Romano Pontífice se verá privado de esos auxiliares de que tanto ha menester, como Maestro y Pastor universal, para el gobierno de toda la Iglesia.

El despojo de la Iglesia romana nos arrebatará bienes reunidos en este centro de unidad, y debidos más bien a la generosidad de todos los católicos que a los donativos de nuestros conciudadanos; de suerte que lo que debía servir para uso y gloria de la Iglesia universal se convertirá, por una operación impía, en provecho de personas completamente extrañas a los donantes. Por todas estas razones, tan pronto como supimos que uno de los ministros del Gobierno subalpino había anunciado a la Asamblea legislativa la presentación de ese proyecto de ley, no titubeamos en poner en evidencia su monstruosidad por medio de una carta que dirigimos, el 15 de junio, a nuestro Cardenal Secretario de Estado, ordenándole que anunciase a los ministros de los príncipes extranjeros, acreditados cerca de la Santa Sede, el nuevo peligro que nos amenazaba, y que aumentaba los males que nos afligen.

A pesar de esto, y como el proyecto de ley ha sido presentado, el deber de nuestro apostolado exige absolutamente que levantemos una vez más la voz, como lo hacemos en este instante en vuestra presencia, venerables Hermanos, y ante toda la Iglesia, y que repitamos solemnemente las declaraciones anteriores.

En nombre de Jesucristo, cuyo representante somos en la tierra, detestamos ese crimen abominable, e invocando la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra, lo condenamos, ya en la forma de la ley presentada, ya en la forma de cualquier otra que quiera arrogarse el poder de vejar, atormentar, disminuir o suprimir las comunidades religiosas de Roma o de las provincias vecinas, y apoderarse de sus bienes, como ha suce-

dido en otras partes, en provecho del fisco o para otro destino cualquiera que sea. En consecuencia, juzgamos y declaramos solemnemente que es nula y de ningún valor la compra de esos bienes, cualquiera que sea la manera en que se usurpen, porque la Santa Sede apostólica no cesará jamás de reclamar contra esa enajenación.

Que tengan presente los autores y fautores de esa ley las censuras y penas espirituales en que incurren, *ipso facto*, y que las Constituciones apostólicas fulminan contra los que invaden los derechos de la Iglesia, y apiadándose de su alma ligada por esas cadenas espirituales, cesen de acumular sobre su cabeza la cólera celeste para el día de la venganza y de la revelación de los justos juicios de Dios.

Pero el dolor profundo que esos nuevos ultrajes y las anteriores injurias inferidas a la Iglesia en Italia producen en nuestro corazón, se aumenta a la vista de las crueles persecuciones de que la misma Iglesia es objeto en otros países, y especialmente en el nuevo Imperio germánico, en donde no solamente con pérfidos manejos secretos, sino también con la violencia descubierta, se procura su destrucción. Allí vemos hombres que, no profesando nuestra santísima Religión y no conociéndola, se arrojan el poder de definir los dogmas y de limitar los derechos de la Iglesia católica; y al mismo tiempo que la atormentan tienen la impudencia de afirmar que no le causan ningún daño. Todavía más, añadiendo al ultraje la calumnia y la irrisión, no tienen vergüenza en hacer responsables de la persecución a los católicos que la sufren, acusando a los Obispos, al clero y a los fieles de negarse a anteponer los decretos y las leyes del poder civil a las santas leyes de Dios y de la Iglesia; de negarse a hacer traición a sus deberes religiosos. ¡Oh! ¿Por qué los que están al frente de los negocios públicos no han de reconocer, a pesar de la experiencia, que entre sus súbditos nadie está más dispuesto a dar al César lo que es del César, que los católicos, y esto precisamente porque los católicos tienen gran cuidado en dar a Dios lo que es de Dios?

La misma senda en que ha entrado el Imperio germánico, parece seguir también la autoridad civil de algunos puntos de la Conferencia suiza, ora decretando sobre los dogmas de la fe católica, ora favoreciendo a los apóstatas, ora impidiendo el ejercicio del poder episcopal. Además, el Gobierno del cantón de Ginebra, aunque obligado por un tratado solemne a proteger en su territorio la religión católica, después de sancionar durante los últimos años leyes contrarias a la autoridad y libertad de la Iglesia, ha suprimido recientemente las escuelas católicas y ha perseguido a las congregaciones religiosas, expulsando a unas y privando a otras de la enseñanza, base de su Instituto. Hoy emplea todos sus esfuerzos para abolir la autoridad que hace muchos años ejerce allí legítimamente nuestro venerable hermano Gaspar, obispo de Hebrón, y privarle de su beneficio parroquial, llegando al extremo de solicitar de los habitantes, por medio de un público requerimiento, el reemplazo del gobierno eclesiástico por el cisma.

No menos profundos son los padecimientos de la Iglesia en la católica España, causados por los golpes del poder civil, pues sabemos que recientemente ha sido propuesta y aprobada por la Asamblea legislativa una ley para la dotación del clero, ley con la cual no sólo quedan rotos los tratados ajustados, sino que se pisotean las reglas del derecho y de la justicia. Proponiéndose esta ley aumentar la pobreza y la servidumbre del clero y acrecentar los males que hace algún tiempo afligen a aquella ilustre nación, males producidos por una lamentable serie de actos del Gobierno, perjudiciales a la fe y a la disciplina eclesiástica, de la misma manera que ha excitado las justísimas quejas de nuestros venerables Hermanos los Obispos de España, dignas de su firmeza, así también requiere hoy de Nos las más solemnes reclamaciones.

Cosas aún más tristes sería preciso recordar de ese pequeño, pero osado grupo de cismáticos armenios que particularmente en Constantinopla, con impudente mala fe, y apelando a la violencia. Oprimen al número muchísimo mayor de los que han permanecido fieles al deber y a la Religión. Bajo el falso nombre de católicos persisten en su felonía contra nuestra suprema autoridad y contra su Patriarca legítimo, quien, arrojado por los artificios de aquéllos, se ha visto obligado a marchar al extranjero y a buscar un refugio junto a Nos. De tal manera han logrado esos cismáticos, con su astucia, obtener el favor del poder civil, que a pesar del celo y de la intervención de nuestro legado extraordinario, enviado a aquellos países para conseguir un arreglo, y no obstante nuestras cartas al serenísimo Emperador de los turcos, valiéndose de las armas se han apropiado para su uso de algunas iglesias católicas, se han reunido en ellas en conciliábulos, han elegido un patriarca cismático, conduciéndose de tal

manera, que los católicos se ven privados de las inmunidades de que hasta ahora, en virtud de tratados públicos, habían disfrutado.

Pero sobre los vejámenes de la Iglesia, hasta aquí brevemente mencionados, Nos debemos volver a tratar más explícitamente quizá algún día, si se siguen desdeñando nuestras justísimas reclamaciones.

Pero entre tantas causas de pena, venerables Hermanos, nos alegran los motivos de consuelo que tenéis, y tenemos, viendo la admirable constancia y actividad del Episcopado católico de las regiones mencionadas y de las demás; estos jefes, estos Pastores, ceñidos de las armas de la verdad, cubiertos con la coraza de la justicia y unidos estrechamente a esta nuestra Catedral de san Pedro, no temen ningún peligro; infatigables en el exceso del trabajo, ya juntos, ya separadamente, con la palabra, con la pluma, con peticiones, cartas pastorales, juntamente con el clero y el pueblo fiel, combaten valientes y animosos por los sagrados derechos de la Iglesia, de nuestra Santa Sede y por los suyos; resisten la injusta violencia de los impíos, refutan sus calumnias, descubren sus tramas, quebrantan su audacia, mantienen encendida la antorcha de la verdad, alientan a los buenos, oponen la fuerza compacta de su unión a los ataques de los enemigos de todas partes, y a Nos y a la Iglesia, afligida por tantos males, dan alivio suficiente y poderoso socorro, que será, sin duda, más provechoso todavía si logran que los lazos de la caridad y de la fe, que unen los espíritus y los corazones, estrechen y fortalezcan.

Para obtener este gran bien, sería muy eficaz que los que presiden las provincias eclesiásticas, revestidos de la autoridad metropolitana, trabajaran con ahínco para ponerse en comunicación con sus sufragáneos del mejor modo que permitan las circunstancias, para que de común acuerdo se unan y se afirmen en la misma determinación y en el mismo fin, y se preparen a sostener más eficazmente, con esfuerzo unánime, la difícil lucha contra los ataques de la impiedad.

Indudablemente, venerables Hermanos, el Señor nos ha herido con su dura, grande y fuerte espada; ha subido el humo de su ira, y el fuego brilla en su rostro. Pero..., nos abandonará Dios para siempre, y no nos socorrerá una vez más? Lejos de nosotros tal pensamiento, porque el Señor no olvida su piedad, ni la ira contiene su misericordia. En medio de su justo enojo, está siempre dispuesto a mirar propicio y a perdonar a los que le invocan en verdad. Él derramará sobre nosotros los tesoros de sus misericordias.

Trabajemos para aplacar la cólera divina en este tiempo favorable del Adviento del Señor; caminemos a encontrar al Rey pacífico que va a nacer para traer la paz a los hombres de buena voluntad, y marchemos por la senda de la renovación de la vida.

¡Que Dios justo y misericordioso, cuyos secretos designios han querido que asistamos a las aflicciones de su pueblo y a los dolores de la Ciudad santa, en la cual tenemos que morar mientras está en poder de sus enemigos; que este Dios vuelva sus oídos hacia Nos, y nos oiga; que abra los ojos y vea nuestra desolación y la de la Ciudad donde se invoca su divino y sagrado nombre!

OBSEQUIOS DE ESPAÑA A SANTA TERESA DE JESÚS

PALMA – En el primer templo del mundo dedicado a nuestra Santa después de su canonización, se ha celebrado con toda solemnidad su fiesta, costeadada con las limosnas de los fieles, y en especial por las Religiosas descalzas. Estuvo Jesús sacramentado todo el día, y hubo misa solemne con música y sermón. En la Novena, que empezó la víspera de la Santa, hubo sermón todos los días con numerosa asistencia de fieles y profusa iluminación.

ZARAGOZA – También la ciudad de María se ha distinguido este año con sus obsequios a la Doctora castellana. Hubo misa solemne con música y sermón el día de la Santa, y se hizo después la Novena con exposición de Jesús sacramentado, con gran concurso de fieles. Dio más realce a la fiesta este año la asistencia del Excmo. Sr. Obispo de Ávila, devotísimo de la ilustre Avilesa.

TORTOSA – Gracias al celo de dos jóvenes labradores, Tortosa tendrá un altar más o casi único en que podrá dar culto a la heroína española, Teresa de Jesús. Con motivo de haberse construido un nuevo y hermoso altar a la Purísima Concepción de María en la iglesia de san Antonio Abad, se ha colocado al lado derecho a san José, y al otro a santa Teresa de Jesús, con el dibujo del corazón de la Santa del tamaño y forma con que hoy día se halla en Alba de Tormes; esto es, con la herida causada por el Serafín y las tres espinas, con la fecha en que aparecieron.

En este altar se celebra el día 15 de cada mes, a las siete y media, una misa por las necesidades de los devotos suscriptores a la *Revista Teresiana*.

El Ilmo. Sr. Obispo lo estrenó celebrando la primera misa el 15 del pasado mes y distribuyendo el pan de los Ángeles a cuatrocientos fieles.

GRACIAS

que se piden a Santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

La libertad y triunfo de la Iglesia en la persona del augusto Pío IX.

La conversión de todos sus enemigos.

La propagación y sostenimiento de los Círculos católicos de obreros.

El retorno al redil de Jesucristo de una oveja descarriada.

Aliento a todos los buenos en la defensa del derecho y de la justicia, hoy más que nunca hollados y escarnecidos.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE, CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior . . .</i>	475,50
Rs.		
<i>Villafranca de los Barros</i> – Ana Teresa Obando de Ceballos		6
<i>Corbera</i> – Tomás Llop, Pbro.: Teresa de Jesús, que por Jesús fuiste		
Encarcelada, concede a Pío IX la suspirada libertad		11
<i>Jesús de Tortosa</i> - Sebastián León, Pbro.: Teresa de Jesús, seas		
Con Jesús intercesora para que se vea en libertad Pío IX		20
<i>Ribarroja</i> - Ramón Arbolí: Teresa de Jesús, apiadaos de Pío IX, el		
Más grande de los reyes, y romped sus cadenas		2
<i>Tortosa</i> - Celestina de Montserrat: Teresa de Jesús, patrona de las		
Espanas, alcanza de Jesús, tú que todo lo puedes, la libertad		
de Pío IX		20
<i>Tortosa</i> - Dominga y Francisca Arrufat: ¡Viva Pío IX, Pontífice-rey!		8
<i>Batea</i> - Teresa Catalá, para que Teresa de Jesús salve a Pío IX,		
Vicario de Jesucristo		4
<i>Villanueva de la Jara</i> - Las Religiosas Teresas ofrecen al Vicario		
de Cristo, cautivo y pobre, su humilde ofrenda, pidiéndole su		
bendición		20
Juan de Dios Posadilla		8
N. N.		4
Miguel Esteban Ruiz		4
Jaime Villafranca		10
Buenaventura Postius		20

Suma 612,50 rs.